

El muchacho todavía estaba sentado en el borde exterior de aquel banco tan densamente ocupado, mirando hacia la entrada del Pasaje, cada vez que los coches le dejaban la vista despejada. Podía ver que toda una tropa de chicos jóvenes permanecía allí de pie, sin moverse del lugar, por completo indiferentes al hecho de que incluso entorpecían el paso de la gente. Allí estaban, riendo y hablando entre ellos.

Pero él no se aventuraba a acercarse.

No obstante, cuando el dolor en el estómago volvió a ser especialmente fuerte, lentamente se levantó y, con los ojos bajos, cruzó la calle cuando el tráfico se lo permitió, para dirigirse a la entrada del Pasaje.

En la esquina, junto a un buzón de correos, había un muchacho solitario. Llevaba la cabeza descubierta y bajo la chaqueta sucia mostraba un pecho enjuto y lampiño, sin camisa. Estaba allí como si esperase a alguien con quien se hubiese citado.

Nuestro muchacho se colocó a su lado. Sintió que sus piernas temblaban. ¿Era el hambre? ¿O era un miedo repentino? ¿Miedo de qué? Por el momento nadie parecía hacerle caso. Sin embargo, muchos de los transeúntes —sobre todo los hombres mayores— lo miraban de forma peculiar al pasar. También le pareció que estaba siendo observado por el grupo de jóvenes situados en medio de la entrada. Se volvieron hacia él y se rieron desdeñosamente antes de volver a su charla. ¿Estarían hablando de él? Tampoco se sentía con valor para acercarse y preguntarles si sabían dónde podía encontrar trabajo. Antes le preguntaría al que estaba a su lado. Pero también él parecía estar sin trabajo, y desde hacía tiempo.

Mientras pensaba en esto, de repente escuchó un silbido y una voz enfadada cerca de su oído. Era el chico que estaba junto a él.

—¡Patán estúpido! ¿Es que no tienes ojos en el careto? ¿No ves que aquel julandrón se interesa por ti? ¿Te has puesto aquí para quitarme las oportunidades? —Y luego, aún con más furia, casi amenazante—: ¡Solo tienes que ir detrás de él!

Sintió un miedo terrible. ¿Qué había dicho el chico? ¿De quién estaba hablando? ¿Qué quería de él? No podía quedarse allí más tiempo.

Caminó tan rápido como sus pies se lo permitían, alejándose de la entrada, descendiendo por Unter den Linden. Escuchaba risas a sus espaldas. ¿Se estarían riendo de él de nuevo? No lo sabía. En realidad, ya no sabía nada. Caminó y caminó, pasando primero los edificios con sus tiendas, luego atravesó el paseo, y de nuevo se sentó en otro banco. Ya no avanzó más.

¿Por qué aquel extraño muchacho estaría tan enfadado? ¿Qué era lo que había querido de él? ¿A quién tenía que seguir? ¿Y para qué? La cabeza le daba vueltas. No entendía una palabra de todo aquello.

Cuando acababa de sentarse, todavía temblando por el susto y también por el hambre, tuvo la impresión de que de nuevo le estaban vigilando. En esta ocasión era un caballero sentado en un banco próximo al que él ocupaba, que se inclinaba hacia adelante para mirarlo. En cuanto lo vio, el muchacho ya no se atrevió a mirar nuevamente en su dirección. Como en el banco en el que él se sentaba había mucho sitio libre, el hombre que lo observaba se levantó de donde estaba y fue a sentarse a su lado. Sintió la mirada de aquel extraño clavada en su cara. Pero ahora fue él el que se levantó. Otra vez la furia repentina que había sentido antes, volvió a apoderarse de su ánimo. ¿Qué querían de él todas aquellas personas? ¿No iban a dejarlo en paz en ningún sitio? ¿O es que no le estaba permitido sentarse en un banco, como todo el mundo? Decidió marcharse de allí, cuanto más lejos mejor.

Cruzó al otro lado de la avenida y se metió por una calle lateral tranquila. Avanzó pegado a los edificios, suficientemente cansado como para desplomarse. “Me gustaría dejarme caer al suelo”, pensó, “dejarme caer y quedarme aquí. Aunque fuese el fin”.

No sabía cuánto tiempo había estado caminado, cuando escuchó una voz a su lado, una voz que le sonó muy amable e incluso agradable.

—Hola chaval. ¿Dando un paseo? ¿No quieres venirte un rato conmigo?

Lo miró. ¿Era el mismo caballero del banco o era otro? No sabía decir, pero le pareció que ya lo había visto anteriormente. Tal vez uno de los que lo habían mirado cuando estaba en la entrada del Pasaje.

El caballero vestía un abrigo ligero de verano, portaba un maletín bajo el brazo y no tenía barba. Sonreía y parecía un poco sofocado, como si hubiese caminado rápido.

Cuando el hombre vio que el muchacho parecía estar desconcertado, aparentemente sin habla, volvió a hablar con un tono amistoso:

—No tienes que tener miedo. Nada te va a pasar. Y ganarás diez marcos. —Como no obtuvo ninguna respuesta, insistió—: Bueno, ¿vienes conmigo o no?

En la cabeza del muchacho, los pensamientos parecían correr alocados. Se detuvo ante el extraño y lo miró.

—Diez marcos... ¿por qué?... ir con usted... ¿a dónde? —balbuceó.

El caballero pareció no haber escuchado:

—Vamos. No está lejos. Justo aquí al lado —dijo comenzando a caminar.

Luego, volviéndose hacia el muchacho que parecía dudar:

—Pero únicamente si así lo desea. No te voy a forzar ni a convencer para que lo hagas.

Aquellas palabras inclinaron la balanza. Por temor a perder los diez marcos, el joven se recompuso y dio un paso adelante en dirección al caballero. Había perdido la voluntad. Todo le deba igual. ¡Solo el dinero! ¡Solo le importaba no perder los diez marcos!

No hablaron más. Un par de cientos de pasos más adelante, el caballero rápidamente entró en una casa, le hizo un gesto para que lo siguiese y subieron por las escaleras. En una puerta de la tercera planta el hombre dio unos golpes cortos y fuertes.

El muchacho permaneció parado en el último escalón de la escalera. El miedo se había apoderado de nuevo de él. Todavía estaba a tiempo de dar la vuelta y salir corriendo. Pero terminó por seguir al hombre y cruzó la puerta que se abrió justo en ese momento.

Media hora más tarde estaba de nuevo en la calle (solo, pues el “caballero” se había quedado arriba), con diez marcos en el bolsillo y sintiendo ganas de reír de alegría en voz alta. De alivio y de alegría. ¡Si no era nada más que *es!* El cura de su pueblo también había hecho lo mismo con él y sus amigos, aunque no había sido tan delicado, sino torpe y rudo, y solo les había dado un par de manzanas de su jardín. Así pues, *¡esta* era la manera de ganar dinero! ¡Y él había llegado a pensar, cuando estaba en la escalera, que lo iban a asesinar!

Pero todos aquellos pensamientos fueron ahogados por uno solo: comer, ¡únicamente comer! ¡Tan pronto como fuese posible, y tanto como le cupiese! ¡Comer! Comer y beber!

Se precipitó al interior de Aschinger⁵ en Friedrichstrasse. Allí, se sentó en la última sala, en el rincón más alejado, donde estaba solo a aquella hora temprana de la tarde, e inmediatamente alargó el billete de diez marcos al camarero.

—¡Te vas a hinchar! ¿Qué será, entonces? —preguntó el camarero riéndose.

—¡Salchichas! Y pan. Inmediatamente. Y también un vaso de cerveza oscura, uno de los grandes.

El camarero volvió a reír y colocó una cesta de pan en la mesa. Pronto volvió con el resto. En pocos minutos devoró el primer par de salchichas; luego estudió el menú. Pero allí había muchas cosas que no conocía, por lo que continuó con las salchichas —un segundo y un tercer par—, con una gran cantidad de ensalada de patatas y mucho más pan. Del mismo modo, el primer vaso de cerveza fue seguido por otro con un

⁵ Aschinger fue una famosísima cadena de cervecerías fundada en 1892. Tuvo varias sucursales repartidas por el centro de Berlín. La que aparece en esta escena de la novela era la situada en Friedrichstrasse, n° 97. Debido a su carta barata, era muy popular entre las personas humildes. Esta cadena de cervecerías, que llegó a contar con 30 establecimientos, cerraría el último de ellos en 1976, aunque tras la segunda guerra mundial, que había destruido la mayor parte de los edificios donde se situaban, ya no consiguió, ni de lejos, el esplendor que tuviese anteriormente.

poco de coñac. A continuación se compró diez cigarrillos, sin importarle el precio. Y pagó todo inmediatamente.

Una media hora más tarde se sintió listo para pensar con calma sobre la experiencia sin precedentes que acababa de tener. Lo hizo a fondo.

Entonces, *así* era cómo se podía ganar dinero. Se sentía bien y relajado, como nunca antes en su vida. También su cansancio había desaparecido. No le quedaba ni rastro de fatiga; todo había sido culpa del hambre. No, sin embargo, no quería levantarse aún. Estaba tan bien en aquel rincón tan acogedor, solo, con la cerveza y con todos los cigarrillos que podía desear.

¡*Así era* cómo uno podía hacer dinero aquí en Berlín! ¡Así es como Max había obtenido todo aquel dinero, el anillo, el reloj, el bastón y todo! ¡Eso es lo que significaba la charla de Max sobre apuestos muchachos, Friedrichstrasse, y el Pasaje! Pero nunca lo había dicho abiertamente, el muy cabrón. Igual pensó que no sería capaz de mantener el secreto. ¡Qué poco lo conocía! Uno, sencillamente, no habla de una cosa así, ¡con nadie!

Pero, sin embargo, no fue capaz de enfadarse de verdad con su amigo. La sensación de estar lleno era demasiado agradable; y se sentía aliviado por verse liberado del rompecabezas que se había adueñado de su cerebro durante aquellos últimos días.

¡Era por eso por lo que muchos chavales merodeaban alrededor del Pasaje! ¡Era por eso que los caballeros lo empujaban, lo miraban y le susurraban! ¡Era por eso que el otro chico se había enfadado tanto con él! Era por eso que los otros chicos se habían reído de él, y aquella era la razón por la cual aquel caballero le había sonreído adivinando que era nuevo en Berlín.

¡Y él había tenido miedo! ¡Dios, lo estúpido que había sido! ¡Pero ya no se comportaría, nunca más, como un estúpido!

Un pensamiento vino a él: ¿Y si volviese allí otra vez? Así podría ver todo aquello de nuevo, pero en esta ocasión con ojos muy distintos. ¿Volver, hoy, ahora mismo?

Aún le quedaba dinero suficiente, más que suficiente para ese día y el siguiente. (Lo contó: tenía siete marcos y veinte céntimos. Aschinger era muy barato. Con el resto del dinero podía ir a su hotel, pagar la noche, y recuperar sus cosas...). Sin embargo, también sería muy bueno conseguir algo más de dinero, tal vez otros diez marcos. Se dijo que sí, que le apetecía volver por allí. Ahora, en ese mismo momento.

Pero antes ocurrió otra cosa. Mientras estuvo aquella mañana merodeando alrededor de la estación de tren situada no muy lejos del Pasaje, se había dado cuenta, con los ojos escrutadores de un muchacho que se fija rápidamente en todo lo que le resulta curioso, que en la estación, además de los servicios, también había baños en los que los viajeros podían lavarse y cambiarse de ropa. No tenía nada para cambiarse,

por supuesto, pero después de aquellos dos últimos días, realmente necesitaba lavarse. Antes, con aquel caballero, se había sentido avergonzado de sí mismo, pues estaba muy sucio.

Así que se levantó, se acercó a la estación, encontró lo que estaba buscando, y después de añadir generosamente otros cincuenta a la tarifa de cincuenta céntimos, recibió jabón, una segunda toalla, cepillo y peine. Se arregló todo lo que pudo. Su camisa sucia la metió debajo de la chaqueta, dejando su pecho al descubierto; los pantalones los alisó cuanto pudo con las manos. Se inspeccionó en el espejo, encontrándose (como Max le había dicho) que era un muchacho bien parecido y que podía exhibirse. Ahora sabría si Max estaba en lo cierto.

Sintiéndose fresco y animado, y sin sombra de miedo ahora, se dirigió a la avenida Unter den Linden y se sentó, no en uno de los bancos, sino en una de las sillas de alquiler que no estaba directamente enfrente del Pasaje, pero lo suficientemente cerca como para no perder de vista lo que sucedía en su entrada. Para empezar, encendió otro cigarrillo.

No deseaba entablar relaciones demasiado rápidamente. Quería primero ver cómo se hacían las cosas. No tenía ninguna duda de que conseguiría a alguien, ese mismo día, en la siguiente media hora.

Las personas pasaban a su lado, incluidos algunos señores solitarios. Él, ahora, les observa con cuidado, pero ninguno se fijaba en él, que permanecía sentado con una pierna descuidadamente cruzada sobre la otra, fumando y digiriendo la comida.

Empezó a sentirse aburrido y había decidido caminar hacia el Pasaje, cuando tres jóvenes se acercaron, hablando en voz alta y riendo. No podía entender lo que decían, pero le pareció que los tres estaban muy finamente vestidos.

Entonces vio que uno de ellos, tras lanzarle un rápido vistazo, se detuvo, gritó algo a los demás, hizo un movimiento con la mano, como indicando que siguieran sin él, y luego, ya solo, fue directamente a sentarse en la silla de al lado. Para su sorpresa, escuchó que extendía la mano y le hablaba.

—¡Hola, polluelo! Bueno, ¿cómo te va? ¿No tienes un cigarrillo para mí?

Al principio pensó que no había oído bien, y quedó un poco desconcertado al ver aquella mano extendida hacia él. Luego lo miró. Era un muchacho delgado, un poco mayor que él, quizá de diecisiete o dieciocho años, con el pelo castaño peinado hacia atrás que dejaba su frente despejada. Tenía unos ojos marrones y alegres, una boca de llamativos labios rojos pintados y dientes blancos que, al sonreír, mostró tanto como le fue posible.

El chico estaba tan sorprendido por que le hubiese hablado que solo se le ocurrió preguntarle:

—¿Nos conocemos?

El otro se rio en voz alta. Luego, retirando la mano, casi con tono de reproche, dijo:

—¿Entonces no me vas a dar un cigarrillo?

Aún desconcertado sacó el paquete y se lo ofreció al extraño.

—¡Gracias! Con uno es suficiente. Por el momento —dijo devolviéndole el paquete—. ¿Fuego?

“¡Qué tipo más fresco!”, pensó el muchacho.

Entonces vio cómo lo examinaba de pies a cabeza, de manera crítica al principio y luego con evidente aprobación, hasta que le oyó decir:

—Ahora dime, polluelo, ¿cuánto tiempo llevas aquí en Berlín?

—Como no recibí ninguna respuesta—: ¿Cómo te llamas? ¡El nombre solamente, por supuesto!

Esta vez pensó que debía responder y lo hizo.

—Mi nombre es Günther. —Incluso encontró el valor para agregar—: ¿Y cuál es su nombre, señor?

El otro se limitó a reír de nuevo.

—Eso de “señor” está muy bien. —Luego, con fingido asombro y un tonillo de ligero reproche agregó—: ¿Cuál es mi nombre? ¿El mío? ¿El mío? Hombre, ¿de dónde has salido que no me conoces? Soy Atze, ¡el refinado Atze!

Ahora Günther también terminó por reírse. ¡Atze! Nunca antes había escuchado un nombre tan divertido. El hielo se había roto.

—¿Qué significa Atze?

—Atze... bueno, simplemente significa Atze. O Arthur.

Inclinado sobre la silla y ahora hablando con un marcado acento berlinés, Atze continuó:

—¡Chico, no sabes nada! Voy a tener que tomar al polluelo bajo mis alas lo más rápidamente posible, o de lo contrario no aprenderá a volar bien. Bueno, nos ocuparemos de eso. ¿Entonces, a ver, quién soy yo?

—Atze, Atze el refinado —dijo Günther, riendo y sintiendo una simpatía repentina por el otro chico.

Cogidos del brazo pasaron luego a lo largo del paseo de Friedrichstrasse. Su nuevo amigo no parecía preocuparse mucho por las miradas que le dirigían otras personas por su modo de vestir. Cuando iban paseando y casualmente se miraron, su nuevo amigo le dijo con desprecio:

—¿El Pasaje? ¡Un muchacho que tenga un alto concepto de sí mismo simplemente no va al Pasaje!

Günther estaba asombrado. Era evidente que no iba a salir de su asombro en toda la noche. Primero fueron a un café —no era uno de los mejores debido a la ropa que vestía Günther—, pero era uno bastante decente, donde comieron un par de pasteles y bebieron licores finos. Luego fueron a un gran cine, y después, para finalizar, a un restaurante situado en un sótano de una calle lateral, sencillo pero bueno, donde las

porciones eran gigantescas. En todas partes conocían al refinado Atze, quien parecía ser un personaje popular al que todos llamaban por su nombre. Y en todas partes, siempre que Günther hizo un intento para pagar, Atze lo rechazó.

—No te preocupes, todo está bien. —Y se hacía cargo de la cuenta.

En el restaurante situado en el sótano, que en realidad era una bodega, sentados en una mesa de madera blanca, solos los dos, saciados y fumando, después de una media hora Günther le había contado todo a Atze, todo lo que tenía que contar. Y el otro había escuchado en silencio y con atención, sin interrumpirle. Le habló de su vida anterior en el pueblo, de la visita de Max, de su huida a Berlín, de la miseria pasada durante los últimos días, y, también, de su primera experiencia, ese mismo día.

Atze aguzó el oído al escuchar aquella última parte. Le preguntó varios detalles a Günther, haciéndole describir el aspecto del caballero lo más exactamente posible, y terminó interesándose por la cuantía recibida. Luego le dio su opinión sobre ello:

—Diez marcos no es exactamente mucho. Pero con esas ropas que llevas...

Cuando Günther le dijo, a medianoche, que tenía que ir a su hotel a dormir, Atze, cortante, le respondió:

—¿Dormir? Puedes dormir en mi casa. —Y lo condujo allí en un automóvil de verdad. Aquel viaje en taxi fue el punto culminante de la noche. Günther estaba dichoso.

¡Esto era un amigo! Günther no le temía. ¡Con Atze iría al fin del mundo! Atze lo había escuchado cuando hablaba, a diferencia de Max. Günther quería aprender mucho más de Atze, todo lo que su amigo sabía. Todo.

En la casa de Atze, en un edificio de aspecto respetable, pero bastante al norte de la ciudad, ni siquiera tuvieron que llamar al timbre. De pie en la puerta los esperaba una mujer enormemente gorda, con una cara rosada, de evidente buen carácter, que llevaba un camisón blanco deslumbrante cubriendo sus enormes pechos. Llevaba una lámpara en la mano, como si estuviese esperando a unos invitados, y les dio la bienvenida con estas palabras:

—Bueno, Atze, ¿qué clase de pajarillo has traído esta vez? ¡Qué sinvergüenza y descarado eres!

Pero Atze, una vez en la habitación, tomó la lámpara de sus manos, la agarró por la cintura, y dio con ella un par de vueltas de baile.

—¡Mamita! —exclamó—. ¡Mamita, piensa que hoy perdió su virginidad! ¡Era virgen hasta hoy! Sorprendente, ¿verdad?

Durante esa noche, mientras yacían uno al lado del otro en la cama de Atze, con Mamita roncando sonoramente en la habitación de al lado, el muchacho aprendió mucho más: lo que era un chaperó, y lo

que era un cliente; hombres con los que se puede uno ir y hombres con los que no; lo que se debe hacer y lo que no, y lo que se debe pedir por el servicio. Además, lo que era la *bofia* y lo que era una *tía*. Una “tía”, bueno, las tías era: “¡Oooh nooo!, son como muchachitas cuando son jóvenes y como solteronas cuando son viejos”. La bofia era la policía, los agentes que siempre estaban detrás de ellos, y eran los únicos contra los que realmente tenía que estar en guardia. Estaban también los chaperos mayores de veinte –tipos astutos y matones– y que eran, precisamente, los más peligrosos para las tías.

Günther, despierto y totalmente hechizado por todo lo que había oído y experimentado, escuchó con máxima atención, como si de una revelación se tratase, bebiéndose las palabras del otro. Su respeto por su nuevo amigo no conocía límites. Atze lo sabía todo. No había nada que Atze no supiese.

Atze, por su parte, por mucho que le gustaba oírse hablar a sí mismo, finalmente se cansó de su propia elocuencia, y puesto que en el fondo de su alma perversa “amaba a los jóvenes”, se tiró encima de él.